

Fuente: Gemma Muñoz-Alonso

TEXTOS CIFUENTES Y NUSSBAUM

TEXTO CIFUENTES:

¿ES ÚTIL LA FILOSOFIA EN LA SOCIEDAD ACTUAL?

En la sociedad actual dominada por la lógica global del beneficio económico de las grandes empresas multinacionales (industriales o financieras) resulta normal que muchos ciudadanos se pregunten por el valor y la utilidad de todos los objetos del mercado, de las actuaciones de los agentes económicos y políticos y de todos los conocimientos que se ofrecen al libre juego de la oferta y la demanda. En un mundo regido por la lógica del capitalismo globalizado y en una sociedad que se autodenomina “sociedad del conocimiento y de la información” parece inevitable que también la filosofía se vea sometida al criterio de su valor de mercado y de su utilidad social.

Lo cierto es que la filosofía occidental, tal y como nació en la Grecia del siglo VI antes de Cristo, en un tipo de sociedad regida por una economía esclavista, los que se dedicaban a la actividad filosófica lo hacían por amor al saber, porque tenían su tiempo libre para ello y porque sus necesidades básicas estaban satisfechas. La vida de aquellos amantes de la sabiduría, de aquellos “sabios” de la Grecia clásica, se desarrolló en un tipo de sociedad totalmente diferente al que vivimos en la actualidad, aunque los problemas que ellos se plantearon y trataron de resolver siguen siendo esencialmente los mismos que hoy se plantea la filosofía moderna acerca de la verdad, el bien, la justicia, la libertad, el lenguaje y la vida humana en general. Sin embargo, las pautas económicas del mundo han variado tanto que la pregunta acerca de la utilidad de la actividad filosófica ha adquirido en nuestros días un significado totalmente nuevo.

La lógica dominante del mercado globalizado empuja a muchos ciudadanos a preguntarse por la utilidad y la rentabilidad de todo tipo de conocimientos. Si los niños y jóvenes hoy estudian informática, idiomas modernos, matemáticas, física y biología, casi nadie se cuestiona acerca de la utilidad que tendrá en su vida la adquisición de un dominio adecuado de esos saberes; pero son muchos, como ha señalado certeramente Martha Nussbaum, los que ponen en duda la utilidad del estudio y conocimiento de las Humanidades, de la Filosofía, del Arte, de la Literatura, del Latín y

de un largo repertorio de materias denominadas “humanísticas”, un nombre que no parece muy adecuado, ya que podría dar a entender que hay asignaturas o conocimientos como los científicos y tecnológicos que no tienen en cuenta la dimensión humana ni las consecuencias de sus aplicaciones en la sociedad. La rentabilidad más o menos inmediata del conocimiento se ha convertido en el criterio esencial de los diseños de los currícula en la mayoría de los sistemas educativos del mundo actual. De ese modo, la Filosofía, definida como actividad racional teórica dedicada al análisis de problemas esenciales de la vida humana como la búsqueda de la verdad, o las nociones de libertad y justicia o al análisis del lenguaje en todas sus formas y expresiones, se ve abocada a la marginalidad de un saber “innecesario e inútil”. Por eso conviene preguntarse a fondo qué se entiende hoy por un “saber necesario y útil” con el fin de poder analizar el sistema de valores que se impone en nuestra sociedad y constatar si la filosofía debe adaptarse a ese sistema o más bien contribuir a su transformación en valores acordes con la dignidad humana. *Luis María Cifuentes*

TEXTO NUSSBAUM

En casi todas las naciones del mundo se están erradicando las materias y las carreras relacionadas con las artes y las humanidades, tanto a nivel primario y secundario como a nivel terciario y universitario. Concebidas como ornamentos inútiles por quienes definen las políticas estatales en un momento en que las naciones deben eliminar todo lo que no tenga ninguna utilidad para ser competitivas en el mercado global, estas carreras y materias pierden terreno a gran velocidad, tanto en los programas curriculares como en la mente y el corazón de padres e hijos. Es más, aquello que podríamos describir como el aspecto humanístico de las ciencias, es decir, el aspecto relacionado con la imaginación, la creatividad y la rigurosidad en el pensamiento crítico, también está perdiendo terreno en la medida en que los países optan por fomentar la rentabilidad a corto plazo mediante el cultivo de capacidades utilitarias y prácticas, aptas para generar renta....

La idea de la rentabilidad convence a numerosos dirigentes de que la ciencia y la tecnología son fundamentales para la salud de sus naciones en el futuro. Si bien no hay nada que objetarle a la buena calidad educativa en materia de ciencia y tecnología ni se puede afirmar que los países deban dejar de mejorar esos campos, me preocupa que otras capacidades igualmente fundamentales corran riesgo de perderse en el trajín de la competitividad, pues se

trata de capacidades vitales para la salud de cualquier democracia y para la creación de una cultura internacional digna que pueda afrontar de manera constructiva los problemas más acuciantes del mundo.

Estas capacidades se vinculan con las artes y con las humanidades. Nos referimos a la capacidad de desarrollar un pensamiento crítico; la capacidad de trascender las lealtades nacionales y de afrontar los problemas internacionales como "ciudadanos del mundo"; y por último, la capacidad de imaginar con compasión las dificultades del prójimo...

... Por otra parte, la educación nos prepara no sólo para la ciudadanía, sino también para el trabajo y, sobre todo, para darle sentido a nuestra vida. Sería posible dedicarle otro libro entero a la importancia de las artes y las humanidades para alcanzar esos objetivos. No obstante, todas las democracias modernas son sociedades en las que el sentido y el fin último de la vida humana suscitan cierto grado razonable de disenso entre ciudadanos con diferentes opiniones religiosas y seculares, quienes a su vez seguramente consideran que los diversos tipos de educación humanística se adecuan de distintas maneras a sus propios objetivos individuales. Lo que sí suscita mayor consenso es que los jóvenes de todo el mundo, de cualquier país que tenga la suerte de vivir en democracia, deben educarse para ser participantes en una forma de gobierno que requiere que las personas se informen sobre las cuestiones esenciales que deberán tratar, ya sea como votantes o como funcionarios electos o designados. Además, todas las democracias modernas son sociedades cuyos integrantes presentan grandes diferencias en numerosos aspectos, como la religión, la etnicidad, las aptitudes físicas, la clase social, la riqueza, el género y la sexualidad, pero al mismo tiempo toman decisiones como votantes sobre cuestiones que tendrán efectos importantes en la vida de esas otras personas. Cuando se trata de evaluar un sistema de educación, cabe preguntarse cómo prepara a las personas jóvenes para la vida en una forma de organización social y política de tales características. Ninguna democracia puede ser estable si no cuenta con el apoyo de ciudadanos educados para ese fin.

A mi juicio, cultivar la capacidad de reflexión y pensamiento crítico es fundamental para mantener a la democracia con vida y en estado de alerta. La facultad de pensar idóneamente sobre una gran variedad de culturas, grupos y naciones en el contexto de la economía global y de las numerosas interacciones entre grupos y países resulta esencial para que la democracia pueda afrontar de

manera responsable los problemas que sufrimos hoy como integrantes de un mundo caracterizado por la interdependencia. Y la facultad de imaginar la experiencia del otro (capacidad que casi todos los seres humanos poseemos de alguna manera) debe enriquecerse y pulirse si queremos guardar alguna esperanza de sostener la dignidad de ciertas instituciones a pesar de las abundantes divisiones que contienen todas las sociedades modernas...

Si el verdadero choque de las civilizaciones reside, como pienso, en el alma de cada individuo, donde la codicia y el narcisismo combaten contra el respeto y el amor, todas las sociedades modernas están perdiendo la batalla a ritmo acelerado, pues están alimentando las fuerzas que impulsan la violencia y la deshumanización, en lugar de alimentar las fuerzas que impulsan la cultura de la igualdad y el respeto. Si no insistimos en la importancia fundamental de las artes y las humanidades, éstas desaparecerán, porque no sirven para ganar dinero. Sólo sirven para algo mucho más valioso: para formar un mundo en el que valga la pena vivir, con personas capaces de ver a los otros seres humanos como entidades en sí mismas, merecedoras de respeto y empatía, que tienen sus propios pensamientos y sentimientos, y también con naciones capaces de superar el miedo y la desconfianza en pro de un debate signado por la razón y la compasión.

MARTHA C. NUSSBAUM: *“Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades” (2010)*